

PIM, PAM, PUM... ADDY VENTURA (O SEA FUEGO)

DE lo que están cambiando las cosas en este país da una idea la revista. Antes la tenían tomada con la revista; ahora, con las revistas. Antes los señores obispos excomulgaban a los viejos verdes que acudía a ver, todos salidos, «La Blanca Doble», con aquello tan imperial y tan orgánico de...

**Ay, qué tío,
ay, qué tío,
qué pullazo le han metío...**

Estamos de un macluhanismo total, y por eso —no precisamente a los señores obispos— lo que preocupa no es ya la revista, sino las revistas. Ahí tienen a «Las Corsarias» a todo trapo, repuesta con todo el ardor que Florentino Soria pone en las exhumaciones de la Filmoteca. Y ahí tienen a «Triunfo», una revista en la que no sale ni el número de las hawaianas («Hawai, Hawai, la tierra mejor que hay», decía siempre el coro) ni el número del señor que va a Madrid a echar un feliciano a espaldas de su señora esposa, y sin embargo, ya ven lo que ha pasado. Como los señores obispos ya no excomulgan por enseñar muslada a los calvos de la fila cero, el número más peligroso de la revista —de las revistas, vamos— no es ya el de los abanicos japoneses, ni el del caliente Brasil tropical, sino el machadiano de los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa.

ADDY EN LA BRECHA

Inasequible al desaliento, si no fuera por Addy Ventura nadie se acordaría de la revista, sino sólo

de las revistas. Por eso Hermano Lobo ha de rendir perpetuo homenaje a Addy. Recordarán ustedes lo que dijimos de ella cuando presentaba en Madrid «Métame un gol»; eso no es nada al lado de su nuevo espectáculo, recién puesto en Valencia por primera vez: «¡Estréneme usted!».

Addy no es sólo el sex-symbol de unos viejos verdes reprimidos, sino el oráculo de Delfos del país con el cachamen fuera. Harta ya de que a los españoles nos marquen un gol, ahora nos invita a que estrenemos cosas, que va siendo hora. ¡Estos son pronósticos sobre el futuro y no las terceras de Fernández de la Mora en el ABC...!

Addy sabe que tiene conquistado el mercado, que no hay quien le quite el puesto:

—Ahora —ha dicho— no hay nuevas vedettes porque el público es más exigente. Antes bastaba con que una chica fuera guapa, fuera alta, tuviera las piernas gorditas y un buen «mostrador»... Pero ahora se exige más. Ahora nadie va al teatro a ver mujeres. Ahora la gente desde luego que agradece que salgan chicas monas y ligeritas de ropa, pero exigen que además sean artistas. Chicas monas y ligeritas de ropa se ven en todas partes...

Se ven en todas partes, Addy. Por ejemplo en «Equus». Pero tú has tenido la vergüenza torera de seguir con tu mostrador, cuando Areces y Pepín Fernández no hacen más que quitarlos para poner estantes-góndolas. Tu mostrador, Addy, nos recuerda tiempos de pan moreno y cartillas, de em-

blemas de Auxilio Social y por el Imperio hacia Dios.

Addy tiene una cabeza que ya la quisiera para sí don Ricardo de la Cierva. Miren, miren las cosas tan sensatas que encierra tras su mostrador:

—Sí, la revista es un género de viejos verdes, y que no falten los pobrecitos. Es un espectáculo al que vienen viejos verdes y jóvenes que no son verdes. Hay público de todo tipo.

A ti van a verte, Addy, los viejos verdes y los viejos azules, y los jóvenes rojos y los jóvenes negros. Menos los sarasates, a ti va a verte España entera. Aunque tú sigas erre que erre:

—Sí, sigue habiendo una primera fila de calvos. No es que los que van a primera fila sean todos calvos. Lo que ocurre es que a los calvos se les nota más. A mí me caen muy simpáticos...

Addy, por ti vamos a dejar de echarnos Loción Azufre Veri, para caerte más simpáticos cuando te contemplemos desde la fila cero o desde un palcoscenario. Tú, Addy, nos confortas mucho más que los editoriales del Telediario. Por ti contemplamos con serenidad el futuro. Gracias, Addy, por el nuevo espectáculo que has puesto en Valencia. Ya estábamos hartos de que nos metieran un gol. Ahora vamos a estrenarte... No a ti, naturalmente, que debes andar por las setecientas representaciones, sino a... Bueno, Addy, hija, tú que eres tan lista y dices esas cosas tan bonitas de las cachas, los viejos verdes y los calvos, ya entiendes por donde voy y me comprenderás, que la



revista que hace uno no es como la tuya, que aquí en cuanto levantas la pierna un tantito así, vienen y te secuestran. Ay, hija, qué envidia me das... Cualquier cosa hacer una revista sin el artículo 2. Yo la hacía, aunque fuera con libreto de Adrián Ortega. ■ **TOMAS MORA.**

